

## La autonomía de la filosofía

Formarse una idea clara, exacta de la diferencia que existe entre las ciencias y la filosofía y de las relaciones que vinculan ambas disciplinas debería ser preocupación constante de los hombres de ciencia y de los filósofos; pero por desgracia no es así. La filosofía y la ciencia—a pesar de las afirmaciones en contra que se hacen—no son amigas: se miran con desconfianza, y poco se preocupan de conocerse. Sucede así que muchos hombres de ciencia se equivocan cuando tratan de definir el objeto y los métodos de la filosofía y que no pocos filósofos, convencidos de la extraordinaria y fundamental importancia de la filosofía, caen en un grave error cuando pretenden hacer de ella la condición *sine qua non* de las ciencias.

A dos en efecto pueden reducirse las tendencias que tratan de designar el lugar que conviene a las ciencias y a la filosofía en la serie de los conocimientos: una que podría llamarse *científico-positivista* y otra *filosófico-criticista*.

La primera considera a la filosofía como un corolario, un apéndice de las ciencias. El campo del conocimiento humano está enteramente ocupado por la ciencia: fuera de la ciencia no hay verdad. Si la filosofía quiere tener algún valor debe fundarse en las ciencias, adoptar sus métodos, valerse de sus principios. La filosofía es entonces una prolongación, una irradiación de la ciencia: su objeto es reunir en una síntesis los resultados particulares de las ciencias, y organizarlos en un sistema. La vida, la fuerza, el valor de la filosofía dependen totalmente y exclusivamente de las ciencias. Una filosofía, que pretenda sobreponerse a ellas, dominarlas o simplemente precederlas, está destinada a caer en el vacío y a volverse un conjunto de fórmulas huecas y fantásticas construcciones.

En la segunda tendencia se sostiene una tesis absolutamente opuesta a la que acabo de exponer. Aquí la filosofía no sigue a las ciencias; las precede: no es la aureola final puesta encima de la estatua de la ciencia: es más bien el pedestal sobre el

cual ella descansa. El hombre de ciencia observa, experimenta, induce, deduce, analiza, sintetiza, supone y formula leyes siguiendo el ritmo dialéctico de su espíritu; pero el hombre de ciencia, en cuanto tal, no somete a crítica los procesos mentales de los cuales se sirve: no discute el valor del instrumento que emplea. Este análisis crítico es propio de la filosofía; pero como no es posible emprender el estudio de los objetos antes de saber si los podemos conocer y cómo los podemos conocer, resulta que todas las ciencias presuponen la filosofía y que el estudio de ésta se impone antes de iniciar cualquiera otra disciplina. En la primera tendencia el valor de la filosofía dependía de la ciencia: en ésta el valor de la ciencia depende de la filosofía.

¿Cuál de las dos tendencias es la verdadera? ¿Cuál de ellas determina el verdadero puesto que ocupa la filosofía? A mi juicio, ninguna de las dos.

El lugar que asigna a la filosofía la primera resulta molesto para las ciencias y para la filosofía. En efecto: o las ciencias bastan de por sí a agotar su contenido, o no bastan.—En el primer caso resulta inútil la final intervención de los filósofos. ¿Por qué obligar a los hombres de ciencia a entregar a los filósofos sus esquemas, sus hipótesis, sus leyes y teorías para que estos últimos las pongan en orden y las organicen en un sistema? Más valdría que los hombres de ciencia, prácticos en sus materias, finalizasen la obra. La filosofía se podría excluir del campo de los conocimientos racionales y relegarla entre los productos de la fantasía y del sentimiento: poesía, religión, etc.

En el segundo caso, es decir, en el caso en que las ciencias se reconozcan insuficientes para resolver todos los problemas, que surgen de sus mismos objetos, sería muy dudoso que una filosofía, plasmada sobre ellas, obligada a valerse de sus métodos, una filosofía, que no pudiese salir de los principios científicos, lograra proyectar algún rayo de luz en los problemas de la ciencia.

Considerar a la filosofía base *indispensable* de las ciencias, como hacen los que siguen la segunda tendencia, es también falso. Es verdad que la crítica del conocimiento es filosofía y no ciencia; es verdad que toca a la filosofía discutir el valor de los procesos mentales, que dan origen a las obras científicas, como toca también a la filosofía someter a crítica el proceso espiritual que forma las obras de arte (estética), el principio económico y ético, que originan gran parte de los aconteci-

mientos históricos (ética-economía) etc.; pero del hecho que la filosofía estudia la íntima esencia de tales actividades no se puede deducir como lógica consecuencia que la ciencia, el arte, la política necesitan de la filosofía para subsistir y seguir su curso.

Sería lo mismo sostener que no se puede caminar sin conocer las leyes de la estática, o que no es posible hacer una buena digestión sin haber estudiado fisiología.

En realidad los que siguen la tendencia *científico-positivista*, convencidos de que fuera de la ciencia no hay salvación, pronunciarían de buena gana la sentencia de muerte contra la filosofía; pero no se atreven, y se limitan a condenarla a prisión perpetua dentro del recinto de la ciencia. Los otros en cambio comprenden el valor de la filosofía: pero al asignarle una función, que no le es propia, la desnaturalizan y le quitan su libertad.

Lo cierto es que ni los unos ni los otros aferran la verdadera esencia del pensamiento filosófico. La filosofía es autoconciencia. En las ciencias el espíritu piensa los fenómenos y las cosas que conocemos a través de los sentidos: en la filosofía el espíritu se piensa a sí mismo, es decir, busca en sí las razones profundas y los principios supremos de su actividad pensante y racionante. El pensamiento científico es descripción, clasificación, análisis: el pensamiento filosófico es crítica, síntesis y especulación. El método científico es ora inductivo, ora deductivo; pero siempre extrospectivo; el método filosófico es introspectivo. La filosofía entonces es autónoma; existe *in se et per se*; no sigue, ni precede a las ciencias, como el sol en el espacio no sigue ni precede a la tierra. Discutir si antecede o no antecede es ya pensarla en el mismo plan de las ciencias y perder de vista su verdadero significado y valor. La autonomía de la filosofía y a la vez el dominio que ejerce sobre todas las manifestaciones del espíritu, ciencia, arte, etc.—aparecerán más claramente comprobados, cuando se reflexione que siempre ha sido y es igualmente fácil demostrar que la filosofía es base y fin de las ciencias, porque realmente no es ni una ni otra cosa y una y otra al mismo tiempo.

Pero *autonomía* no significa para la filosofía aislamiento y falta de relaciones con las demás actividades. Al sostener que la filosofía debe ser autónoma, no se entiene colocarla en las nubes y quitarle todo contacto con la ciencia, el arte, la econo-

mía, etc. Al contrario. Una cultura filosófica será siempre útil para todo hombre que piense dedicarse a las ciencias, porque contribuirá a evitar la reproducción de errores, ya históricamente superados, calmará los fáciles entusiasmos, y afinará el sentido crítico. Recíprocamente una sólida cultura científica será de mucho provecho para el filósofo; pero siempre a condición de que no se dé a los términos *útil* y *provechoso* el significado de *absolutamente necesario e indispensable*, y no se piense seriamente en que no se pueda ser buen físico o buen naturalista sin conocer *la crítica de la razón pura* o la *fenomenología del espíritu*, y en que no sea posible ser buen filósofo, si no se sabe el teorema de Pitágoras, o no se conocen las leyes de la caída de los cuerpos o las clasificaciones de Linneo.

*Egizio Carloni.*

Buenos Aires, 26 de Mayo de 1914.